

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27, 30-28, 7): *Perdona la ofensa a tu prójimo.*

Salmo (102, 1-2.3-4.9-10.11-12): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (Romanos 14, 7-9): *Ninguno vive para sí mismo.*

Evangelio (Mateo 18, 21-35): *Hasta setenta veces siete.*

“Quien no deja a un lado la referencia de la justicia no puede entender el perdón”.

La justicia se refiere al perdón como lógica consecuencia de haber pagado el equivalente a la consideración de la ofensa o perjuicio. También se refiere a él como suspensión de los trámites judiciales o como no aplicación de la pena correspondiente. Para ello se utiliza la palabra “amnistía”, que significa amnesia y por lo tanto, un esfuerzo para olvidar o una situación de privilegio que conlleva impunidad.

El ámbito de la justicia está lleno de privilegios, de engaños y de fraudes de ley. El paño que le colocan en los ojos a la señora que representa la justicia, está lleno de agujeros y por ellos mira la posición social, el status político o el nivel de presión que tienen los del banquillo.

Pero la vida diaria está llena de experiencias en que no valen ninguna de estas referencias previas porque cada uno de nosotros se ve, tantas veces, revisando su propia realidad personal y sintiéndose necesitado de una experiencia sincera de perdón, no de un acto en que se representa socialmente el perdón.

El perdón al que se refiere Jesús más que buscar justicia busca comprensión. Todos necesitamos que alguien, con toda sinceridad, conozca nuestro mundo interior, con sus debilidades y limitaciones, defectos y perversiones, y siga diciéndonos “te quiero”. Porque la justicia empuja a la justificación como mecanismo de defensa. El amor, en cambio, empuja a la sinceridad y a la aceptación de la persona amada con todo su mundo real. Y, en nosotros, es mucho más fuerte la necesidad de amor que de justicia.

En el fondo, necesitamos vivir esa relación abierta, no romántica, sí difícil, ardua, de sentirnos aceptados por alguien; solo esa experiencia hará posible la propia aceptación. Y ese es el empeño de Jesús con nosotros: Transmitirnos la seguridad de que cuando “ni dios nos quiere”, «Dios nos quiere». Así es su perdón.

¿Qué es el ser humano? Un ser roto, destrozado, impresentable, ridículo y perverso. Así nos los describe, la pléyade de artistas que, sin esperanza, buscan formas de representación de lo que ven dentro de nuestra apariencia. Un ser que no hay por dónde cogerlo y que se muestra, en la historia, tan monstruoso como en los museos, tan repelente como en los diarios, tan despreciable como en las campañas políticas, tan pobre como en las catástrofes naturales y tan incapaz como ante los grandes problemas de la Humanidad.

Por eso, al ser humano solo le queda, esperar con esperanza, como el obrero de la última hora en la plaza de la parábola; sentir nostalgia de su casa, como el hijo pródigo; confiar en que la capacidad de perdón por parte de Dios, que es aceptación de las personas, esté muy por encima de nuestro mejor sentido de justicia. ¿Cómo insistir en atribuir a Dios un sentido de justicia después de escuchar estas parábolas?

*En el evangelio de hoy, Mateo, persona implicada en los debates sobre justicia y misericordia, lo expresa bien al poner en boca de Pedro toda la capacidad de perdón de la que podemos hacer gala los seres humanos en un alarde de generosidad: Hasta siete veces. Pero Jesús, con su fina ironía y recogiendo una variante de la expresión de Pedro, refleja muy bien el sentido de perdón por parte de Dios. «Siempre. **Hasta setenta veces siete**». Y siempre es siempre, en tiempo y en materia, en condiciones y en contenidos. Sobre todo en personas. ¿Incluso con esos que no entran en mis esquemas? Incluso.*

El perdón por parte de Dios, es aceptar a todos en sus condiciones y realidad. Como hacen los padres humanos, pero elevado a enésima potencia, es lo que hace Dios. A su medida, a su nivel, como su corazón. Los cristianos, tan ordenados y justos, solemos aminorar la radicalidad de las expresiones de Jesús.

Con eso estropeamos de raíz la fuerza de su mensaje y la significación existencial de sus palabras. No debemos subordinar sus palabras a nuestra mentalidad. Dios quiere y acepta, eso es el perdón, incluso a los que nadie, ni dios, quiere.